

Stiglitz vs. El consenso de Washington

Carlos H. Ortiz¹

Introducción

Las esferas del poder internacional han sido sacudidas por la valentía de un académico que se ha atrevido a criticar en voz alta al Fondo Monetario Internacional (FMI) y al Banco Mundial (BM). Su crítica se enfoca en el pobre desempeño de estas instituciones en el contexto de la globalización. Para ir precisando términos conviene mencionar que por globalización se entiende el proceso internacional de supresión de las barreras al libre comercio, la liberalización financiera internacional y la mayor integración de las economías.

Joseph E. Stiglitz ha logrado con un solo libro, *El Malestar en la Globalización* (Stiglitz, 2002), lo que no habían conseguido en décadas las denuncias izquierdistas sobre las políticas del FMI y el BM: cuestionar efectivamente la estructura de poder de la política económica internacional. El azoramiento y el pasmo es evidente en los funcionarios de estas instituciones que apenas si han tratado de articular alguna respuesta, bastante inepta por demás (Rogoff, 2002). El mundo todavía está a la espera de una respuesta oficial que vaya más allá de los ataques personales y ofrezca una interpretación alternativa consistente con la profundidad de la crítica.

La eficacia de la crítica de Stiglitz se explica por su calidad, porque proviene de un exfuncionario del BM, y porque se realiza desde la oposición académica al pensamiento neoliberal del FMI: la visión neo-keynesiana, de la cual Stiglitz ha sido uno de los grandes constructores, y en razón de lo cual recibió el premio Nobel de economía. Sobre esto volveremos posteriormente.

Esta reseña se propone presentar los principales argumentos de la crítica de Stiglitz. El lector encontrará aquí una versión simpatizante; otros pueden presentar sus versiones. También se hace un esfuerzo por interpretar la crítica de Stiglitz.

Por la Globalización y contra el Consenso de Washington

Conviene advertir, para empezar, que Stiglitz no es enemigo de la globalización. De hecho, nuestro autor la considera necesaria y potencialmente beneficiosa para

¹ Economista, profesor del Departamento de Economía, en la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle

el desarrollo económico mundial.² Pero considera que no ha sido bien administrada por las instituciones financieras multilaterales.

Conviene aclarar también que el libro de Stiglitz no es sólo una crítica a la gestión de la globalización que realizan el FMI y el BM. De hecho, el propósito de nuestro autor es de mayor envergadura. Su libro se entiende mejor como la crítica al llamado Consenso de Washington, el cual comprende el conjunto de creencias ideológicas y convicciones teóricas que comparten la tecnocracia de las instituciones financieras multilaterales, y la tecnocracia y los políticos de los gobiernos nacionales que manejan las relaciones con estas instituciones multilaterales.

Para seguir precisando términos, el Consenso de Washington es una combinación de fe neoliberal –el dogma según el cual los mercados libres siempre asignan mejor los recursos, la intervención estatal es indeseable y por tanto debe minimizarse (Stiglitz lo llama el “fundamentalismo del mercado”)–, y de las tres políticas prioritarias en la agenda del FMI y el BM: la austeridad fiscal, la privatización y la liberalización comercial. A estas políticas habría que agregarles por lo menos otras cuatro que también figuran en un lugar alto en la agenda de estas instituciones: la liberalización de los mercados de capitales (liberalización financiera), el fomento de la inversión extranjera por los países clientes, la flexibilización laboral, y la independencia de la Banca Central para reducir la inflación.

Nótese la coherencia. La austeridad fiscal se busca para limitar la capacidad de intervención económica del Estado poniendo sus finanzas en cintura –la banca siempre les exige a sus clientes que no gasten por encima de sus ingresos para minimizar el riesgo de no pago–; la privatización se dirige fundamentalmente a liberar al Estado de todas las funciones que pueda desempeñar el sector privado, pues se supone que éste último siempre lo hará mejor y, además, existen buenos apetitos por los activos públicos de los países; y la liberalización comercial levanta las trabas para que los mercados internacionales funcionen libremente (*laissez faire*). También se considera saludable que los gobiernos nacionales permitan que la banca internacional compita sin problemas con las instituciones financieras locales, que no le den prioridad a la inversión nacional con respecto a la de los países desarrollados, y que promuevan la flexibilización laboral para inducir la caída de los salarios, aumentar el empleo y mejorar la competitividad. Por otra parte, la estabilidad monetaria que garantiza una Banca Central independiente es fundamental para los prestamistas internacionales: una excesiva inflación con su correlato en la devaluación de la moneda local incrementa el riesgo de que los deudores no puedan pagar –el más grave escenario que se le pueda presentar a un banquero, incluyendo al FMI y al BM–.

² En “El Malestar en la Globalización” se lee: “Creo que la globalización (...) puede ser una fuerza benéfica y su potencial es el enriquecimiento de todos, especialmente los pobres” (p. 11); “La globalización en sí misma no es buena ni mala. Tiene el poder de hacer un bien enorme, y para los países del Este Asiático, que han adoptado la globalización *bajo sus propias condiciones* y a su propio ritmo, ha presentado un beneficio gigantesco” (p. 46).

El núcleo de la crítica de Stiglitz

Con la base conceptual anterior podemos pasar a examinar brevemente y de forma general qué es lo que le critica Stiglitz al FMI y al BM.

Stiglitz nos ha dicho que el FMI y el BM han venido cometiendo error tras error en la asesoría financiera y técnica de los países con dificultades financieras. En su libro se hace referencia a los casos de Etiopía, los países del Este Asiático (Japón, Corea del Sur, Tailandia, Filipinas, Japón, Indonesia, Taiwán y Singapur), y también los casos de Rusia, Brasil, Argentina y Bolivia, entre otros cuyas referencias son marginales. Se hace evidente que el conocimiento de estos casos es de primera mano.

Lo anterior no significa, lo aclara Stiglitz, que toda intervención del FMI y del BM haya sido un desperdicio de dinero o haya causado mal (p. 80), pero la rigidez de su enfoque conceptual ha sido usualmente dañina para la causa de los países en desarrollo y para algunos países en transición del comunismo al capitalismo, especialmente para aquellos que han debido ceñirse a la condiciones que impone el FMI para obtener los préstamos de salvamento.

No hay espacio ni tiempo para describir detalladamente la versión de Stiglitz sobre la crisis y el ajuste que han sufrido estos países, pero el común denominador es la inconsistencia de las políticas requeridas con las políticas exigidas e impuestas por el FMI. Según Stiglitz las políticas adecuadas debieron ser expansivas a la manera keynesiana (políticas fiscales, monetarias y cambiarias para recomponer la demanda agregada). Pero las instituciones financieras multilaterales insistieron en disciplina fiscal (contracción del gasto estatal) y altas tasas de interés (contracción monetaria). Como estas políticas del FMI son contraccionistas empeoraron la crisis de los países que ya se encontraban en problemas por recesiones o desequilibrios macroeconómicos; en muchos de estos países se generó, con variantes, una disminución del nivel de la actividad económica, muchas empresas quebraron sofocadas por los altos intereses y, a continuación, las cosas empeoraron por el aumento del desempleo, el empobrecimiento de la población y, en ocasiones, por la perturbación social y económica que se expresaba en manifestaciones y protestas violentas.

Nuestro autor nos dice que las políticas inadecuadas del FMI y del BM han profundizado los problemas macroeconómicos de estos países y los han extendido a otros países del globo. Que, por tanto, el FMI y el BM son en gran medida responsables del mayor sufrimiento causados por sus programas de ajuste. Además, acusa a la tecnocracia internacional de insensibilidad y negligencia con respecto al dolor que ha infligido.

Los capítulos cuarto y quinto del texto de Stiglitz están dedicados a examinar la crisis del sudeste asiático y la crisis rusa. En estos capítulos se insiste fuertemente en que las políticas neoliberales del FMI y del BM contribuyeron a que la crisis del sudeste asiático de 1997 se contagiara internacionalmente. La insistencia en que

todos los países realicen una liberalización financiera sin restricciones para permitir la libre entrada y salida de los capitales internacionales es la política que más se critica. Esta política, según Stiglitz, no diferencia entre los capitales especulativos de corto plazo y los capitales que realizan inversiones de largo plazo. Pero la diferencia es importante. Los capitales especulativos pueden huir rápida y masivamente de los países de los cuales se rumorea que tienen problemas de solvencia o inestabilidad macroeconómica. De esta forma, pueden generar fuertes perturbaciones en el mercado cambiario que tienden a devaluar la moneda del país. Como consecuencia, explica Stiglitz, los especuladores internacionales pueden realizar grandes ganancias de capital pero la crisis tiende a trasladarse a los países vecinos porque los nerviosos capitales especulativos tienden a huir de las vecindades en problemas. Además, cuando se tiene una devaluación la situación macroeconómica de un país puede mejorar por una mejoría de la balanza comercial (es lo que se conoce como la política de “trasladarle los problemas a tus vecinos”), pero cuando todos actúan de esta manera lo que se genera es una parálisis del comercio regional que perjudica a todos y por tanto tiende a profundizar la crisis. Especialmente si, como se explicó arriba, las demás políticas que se han impuesto son contraccionistas. Con base en estos mecanismos se explica que la crisis de solvencia de Tailandia de 1997 se trasladará rápidamente a toda la región del sudeste asiático, contagiara a Rusia y llegara hasta Brasil, afectando de paso a todos los llamados mercados emergentes que fueron sacudidos por las fugas masivas de los capitales de corto plazo hacia los mercados financieros de las economías más fuertes.

Stiglitz nos ha dicho que, en general, les ha ido mejor a los países que han podido negarse a adoptar las recomendaciones de política económica del FMI y del BM, y han rechazado su apoyo financiero y las condiciones asociadas. Lo anterior se ilustra con los casos de Botswana, Malasia y China. En otros casos, los países no han seguido al pie de la letra las políticas “sugeridas” por las instituciones internacionales y les ha ido mejor, como en el caso de Corea del Sur. El mismo Estados Unidos ignoró la receta recomendada por el FMI cuando comenzó el largo auge económico de la década de los noventa: ante la baja inflación, la caída del paro y el crecimiento sostenido de la economía, el FMI recomendó subir los tipos de interés para evitar un sobrecalentamiento económico –exceso de demanda–, pues este llevaría ineludiblemente a mayor inflación. Stiglitz plantea que de haberse seguido esa política posiblemente no se habría tenido un auge tan prolongado como el que se presentó, el cual se explicaba no por sobrecalentamiento sino por aumentos sistemáticos de productividad de la economía norteamericana.

El argumento anterior también funciona al revés. Stiglitz muestra que los mejores alumnos del FMI y del BM son los que peor desempeño han mostrado en los procesos de ajuste. Aquellos países que más se han ceñido a las políticas dictadas por el FMI han experimentado recesiones más severas y duraderas que los demás países en problemas, lo que se ilustra con los casos de Tailandia, Argentina y Bolivia.

Otro aspecto que critica duramente Stiglitz es la asimetría en el tratamiento de los países por parte del FMI y el BM. A los más pequeños y apurados por los problemas macroeconómicos les exigen disciplina fiscal, privatización, apertura incondicional de los mercados y banca central independiente centrada en el combate contra la inflación. Mientras tanto, según cuenta Stiglitz, Estados Unidos parece que fuera de otro mundo (del primero, por supuesto): tiene problemas para mantener el balance fiscal, pero nadie le pide un ajuste; los Estados Unidos tiene problemas para realizar privatizaciones (sólo se realizó en la década de los noventa una gran privatización –una planta de uranio–, y se encontró con tan graves problemas que se ha propuesto su re-nacionalización), pero nadie le ha pedido que acelere la privatización de los activos públicos; los Estados Unidos ha protegido históricamente sus mercados y lo hace también coyunturalmente cuando la capacidad de cabildeo de sus productores se impone, pero nadie le exige que sea consistente con su retórica librecambista; finalmente, la opinión pública norteamericana no acepta que la Reserva Federal (FED) se dedique sólo a controlar la inflación, además el mandato de la FED también le fija como objetivos la generación de empleo y el crecimiento económico, pero nadie le impone a la autoridad monetaria estadounidense que se olvide de los últimos objetivos mencionados.

Resentimiento comercial

El aspecto más odioso de estas asimetrías está en el comercio internacional. Así, por ejemplo, obnubilados por la versión que nos contaban de la experiencia de los países recientemente industrializados, a principios de la década de los noventa los latinoamericanos fuimos seducidos por la última moda: la apertura de las economías. En ese entonces la apertura comercial y la liberalización financiera se promocionaron por los organismos multilaterales de crédito y por otras instituciones internacionales, como panaceas para los males económicos del mundo. Y fuimos convencidos. Desde México hasta Argentina se vivió la fiebre de la apertura. Salinas de Gortari en México, Gaviria en Colombia, Fujimori en el Perú, Collor de Melo en el Brasil, Menem en la Argentina, y muchos otros mandatarios fueron contagiados sin remedio. Pinochet en Chile, influido por Chicago, ya había hecho su apertura desde los ochenta. Simultáneamente se impuso la ideología de la apertura en el mundo de los gobiernos y, con alguna resistencia, en la academia. Se activaron además mecanismos de censura: quien no se “montara” en ese tren era considerado un “dinosaurio”.

Como era de esperarse, los países industrializados –Estados Unidos, Canadá, los países miembros de Europa Occidental y Japón–, tan fervientes predicadores de la apertura comercial, nunca desmontaron sus subsidios a la agricultura, de hecho recientemente se asignaron más subsidios monetarios a la producción agrícola estadounidense. Además, estos países han protegido sus industrias cuando lo han considerado necesario, como en el caso reciente de protección arancelaria que le

concedió el gobierno de los Estados Unidos a la industria del acero. Seguir protegiendo era la estrategia óptima por parte de los países poderosos ante un mundo que se abría y que no les exigía que hicieran lo propio: ganaron así por punta y punta (exportaron más e importaron menos).

Una de las conclusiones importantes que se deriva del texto de Stiglitz es que los países desarrollados son buenos predicadores pero malos practicantes. La hipocresía de la política comercial promovida por los organismos multilaterales de crédito es evidente por lo desigual: se aplica sin mayores resistencias en los países pobres –los que necesitan exportar sus productos agrícolas para competir en el mundo globalizado–, pero no se aplica en los países más desarrollados que protegen sus mercados internos, negándoles a los países menos desarrollados la entrada de sus productos y por consiguiente las divisas que tanto requieren para su propio desarrollo.

La experiencia de la liberalización comercial y financiera para Latinoamérica no ha sido positiva. Después de la apertura económica hemos vivido, en Colombia y en Latinoamérica, una de las peores décadas en términos de crecimiento económico y desarrollo social –según la CEPAL, en Latinoamérica la pobreza aumentó y el ingreso se concentró aún más en la década de los noventa–. El principio del siglo XXI nos encuentra con crisis en Argentina, Uruguay, Brasil y un estancamiento económico regional generalizado. La CEPAL estimó recientemente que Latinoamérica estaba en recesión. Y el FMI acaba de estimar que el producto regional disminuirá 0.6% en el 2002. Además, desde 1997 las crisis financieras internacionales encadenadas que comenzaron en el sudeste asiático estremecieron a toda la economía regional.

Otro de los planteamientos importantes del texto de Stiglitz, que es relevante para Latinoamérica, es que no basta abrir indiscriminadamente la economía para promover el crecimiento. De hecho, Stiglitz muestra que los países industrializados realizaron aperturas graduales hacia los mercados internacionales mientras consolidaban sus industrias y sus ventajas comparativas; y que éste fue también el caso de los países recientemente industrializados.³ En Latinoamérica lo hicimos al revés, primero abrimos y luego quisimos consolidar nuestra base exportadora; tuvimos entonces una apertura importadora o, en jerga económica, una apertura hacia adentro, que no ayudó a consolidar la demanda regional. Más aún, una gran porción de nuestra agricultura y de nuestra industria manufacturera fue arrasada por la competencia internacional.

³ Ver al respecto el primer pie de página de este comentario y la siguiente cita de Stiglitz: “(...) la mayoría de los países industrializados –incluidos EE UU y Japón– edificaron sus economías mediante la protección sabia y selectiva de algunas de sus industrias, hasta que fueran lo suficientemente fuerte para competir con compañías extranjeras” (p. 41-42).

La persistencia en el error

Stiglitz plantea a lo largo de su texto por lo menos tres razones que explican la persistencia en el error en las políticas económicas y el apego al dogma neoliberal por parte del FMI y el BM.

En primer lugar, gran parte del apego a estas teorías inadecuadas es ideológico y se fundamenta en una fe neoliberal (el “fundamentalismo de mercado”). Según Stiglitz las teorías económicas que manejan el FMI y el BM no son muy útiles para el mundo en que vivimos. Si la teoría es mala usualmente las políticas son malas o pésimas.

En segundo lugar, Stiglitz nos muestra que los errores del FMI no sólo son errores, sino también políticas funcionales a intereses particulares que inciden fuertemente en la toma de decisiones de esta institución. Más aún, Stiglitz explica que las instituciones financieras multilaterales ya no responden como instituciones públicas a los intereses generales del mundo, sino que responden primordialmente a los intereses del mundo desarrollado –al cual le conviene ampliar sus mercados externos e invertir sin trabas a lo largo y ancho del planeta–, y en especial a los intereses de las instituciones financieras de estos países –que buscan mejores oportunidades de colocar los excedentes de liquidez internacional en unos mercados financieros abiertos y flexibles–.

En tercer lugar, Stiglitz plantea que la opacidad institucional del FMI y del BM, su gran autonomía frente a los países a los cuales debieran rendir cuentas en cuanto instituciones públicas internacionales (la democracia restringida de estas instituciones refleja la desigual distribución del poder en la Naciones Unidas), así como la influencia de las instituciones financieras de los países desarrollados en el FMI y especialmente la que ejerce el Tesoro Norteamericano, son factores que no permiten generar mecanismos internos efectivos para aprender de los errores. En consecuencia, los enfoques erróneos se han vuelto endémicos y se ha perdido el sentido de la realidad. Predominan los mecanismos autoritarios de toma de decisiones y se genera un enclaustramiento ideológico que hace a estas instituciones refractarias a la crítica; así, se considera de entrada que todo lo que ellas recomiendan es correcto, si algo va mal es culpa de los demás, especialmente de los países que se han flagelado con las políticas impuestas.⁴

⁴ Refiriéndose al FMI, Stiglitz plantea que “las decisiones eran adoptadas sobre la base de una curiosa mezcla de ideología y mala economía, un dogma que en ocasiones parecía apenas velar intereses creados” (p. 16). Refiriéndose a las discusiones en el FMI y el BM, Stiglitz reporta el talante autoritario: “A menudo lo que determinó el resultado de las discusiones en las que participé fue un tono de voz, una reunión a puerta cerrada, o un memorando” (p. 18); “La cultura prevaleciente de secretismo era tan intensa que el FMI mantenía buena parte de sus negociaciones y algunos de los acuerdos en secreto incluso para los miembros del Banco Mundial en las misiones conjuntas” (p. 79).

La desvirtuación del FMI

Vale la pena que nos detengamos en el segundo argumento del punto anterior, pues es una de las más serias acusaciones del texto. Stiglitz plantea que el FMI ha sido capturado por intereses privados que se hacen pasar –como es usual– por los intereses del conglomerado internacional. Esto es un punto crucial pues cuestiona la legitimidad internacional de esta institución.

La misión original del FMI era impedir una nueva depresión mundial, como la que había tenido lugar en los años treinta, a través de una acción colectiva global que asegurara la necesaria liquidez de los países en situaciones de depresión o en dificultades financieras. Esta misión fue definida por las Naciones Unidas cuando el FMI fue creado en 1944. Su inspiración se le debe al gran economista británico John Maynard Keynes. De hecho, Stiglitz explica que la misión del FMI se sustentaba en la visión keynesiana de que los mercados en su conjunto podían fallar y requerían ser estabilizados con una acción colectiva global.

Stiglitz muestra que el FMI fue cambiando y modificó esta visión keynesiana, que le había dado el aliento, en su contrario: un credo neoliberal a ultranza que se resume en el Consenso de Washington. Esta espectacular metamorfosis ocurrió durante los años ochenta, cuando la influencia de los gobiernos neoliberales de Reagan en los Estados Unidos y de Thatcher en la Gran Bretaña, y el apoyo conceptual de las nuevas teorías económicas que criticaban al keynesianismo reinante e invocaban el libre funcionamiento de los mercados y las expectativas racionales (Friedman, Lucas, Sargent, etc.), permitieron que se impusiera el Consenso de Washington. El cambio en la correlación de fuerzas permitió modificar la concepción de lo que debía ser y hacer el FMI. Stiglitz dice que Keynes se revolvería en su tumba si pudiera observar lo que le ocurrió a su criatura (p. 37).

¿Por qué la crítica causa roncha?

Ya habíamos mencionado que la eficacia de la crítica de Stiglitz al FMI y al BM se basa parcialmente en que es una crítica interna. De hecho, Stiglitz plantea que escribió su libro porque como economista jefe y vicepresidente *senior* del Banco Mundial comprobó “de primera mano el efecto devastador que la globalización puede tener sobre los países en desarrollo, y especialmente sobre los pobres de esos países” (p. 11). A diferencia de los críticos (usualmente izquierdistas y externos) que denuncian “las políticas imperialistas agenciadas por el FMI el BM” –típica frase de cajón de los pasquines–, la crítica de Stiglitz es más sutil y corrosiva porque no prefigura una confabulación maquiavélica contra el resto del mundo, sino que ilustra los juegos de intereses y la ideología correspondiente que llevan al FMI y al BM a tomar las decisiones que toman. Sobre esto volveremos después.

La eficacia de la crítica tiene otro componente. Se realiza desde una corriente teórica alternativa a la corriente neoliberal dominante: la escuela neo-keynesiana.

Para que nos vayamos entendiendo, ambas escuelas son neoclásicas –suponen que los agentes económicos procuran tomar decisiones óptimas sobre la asignación de los recursos tanto en el consumo como en la producción–. Pero los neoliberales creen que los mercados por su propia cuenta llevan a la mejor asignación de los recursos y que el Estado es fundamentalmente un mal asignador de recursos; mientras los neo-keynesianos piensan que a pesar de las fallas del Estado también existen significativas fallas del mercado que ameritan la intervención estatal para mejorar el estado de las cosas. En su texto, Stiglitz reclama constantemente la necesidad de una visión balanceada sobre las complementariedades de los mercados y el Estado que inciden en un mejor desempeño de la economía.

Finalmente, la calidad de Stiglitz como teórico y su experiencia e información impiden desestimarlos o ignorarlos como se ha hecho en el pasado con las críticas izquierdistas. Veamos por qué esto es así.

La perspectiva teórica de Stiglitz y su autoridad académica

Stiglitz ha sido uno de los más prolíficos y geniales economistas teóricos del siglo XX. Ha sido un referente permanente de la nueva escuela neo-keynesiana, aquella que le salió al paso a la crítica de la escuela de las expectativas racionales (Lucas, Sargent, etc.). Según esta escuela económica afecta a la visión neoliberal, la teoría macroeconómica keynesiana carecía de los fundamentos microeconómicos que la sustentaran. Los neo-keynesianos se dedicaron entonces juiciosamente a la tarea de construir sus cimientos microeconómicos. Stiglitz ha jugado un papel estelar en esa labor académica mancomunada.

Aquí me permitiré mencionar algunos de los trabajos de Stiglitz que más influencia han tenido en la teoría económica. Si omito alguna referencia fundamental se debe al desconocimiento por este comentarista de la obra completa de Stiglitz. De todas formas, confío en que convenceré al lector de que las obras referenciadas justifican su premio Nobel.

Pero antes es conveniente consignar la siguiente nota metodológica. Para trabajar en su perspectiva teórica, los neo-keynesianos comenzaron a construir modelos no competitivos que permitieran explicar el mundo en tanto éste –piensan los keynesianos– no se adecua al modelo general competitivo. Los presupuestos básicos del modelo general competitivo son tres: los agentes (productores y consumidores) son muchos; los bienes son homogéneos, y la información sobre las condiciones de los mercados es general y gratuita. Si a esto se le suman tecnologías cóncavas y preferencias cóncavas, y muy buena capacidad predictiva de los agentes (expectativas racionales), se tienen las condiciones que aseguran que un equilibrio competitivo sea inmediatamente un óptimo paretiano, o sea una asignación de los recursos en la que nadie puede ganar sin perjudicar a otros (las ganancias de la actividad mercantil se agotan completamente). Es decir, se genera el ideal smithiano de la “mano invisible”: los mercados dejados a su libre funcionamiento generan la

mejor asignación posible de los recursos como si una “mano invisible” los guiara.⁵

Algunos neo-keynesianos han trabajado sobre el impacto microeconómico de estructuras de mercado no competitivas por concentración de la oferta (Blanchard, Kiyotaky, Mankiw, Romer, etc.). Otros neo-keynesianos han trabajado el impacto de la no homogeneidad de los productos; en este campo uno de los bloques fundadores trascendentales es el trabajo de Dixit-Stiglitz (1977), pues modeló matemáticamente un mercado de competencia monopolística. Este enfoque se utilizaría posteriormente en modelos de consumo, innovación tecnológica, diversificación productiva y crecimiento económico. Pero donde se ha concentrado el trabajo de Stiglitz es en el campo de la información imperfecta. Una contribución fundadora en este campo es el modelo de salarios de eficiencia de Shapiro-Stiglitz (1984). La idea aquí a *grosso modo* es que los salarios no sólo pagan la productividad marginal del trabajador, sino que también son el mecanismo adecuado para inducir al trabajador a trabajar de manera eficiente dado que el costo del monitoreo puede ser excesivamente alto para el empresario. Por consiguiente, el nivel de los salarios se estabiliza por encima del nivel de equilibrio en el sentido tradicional de equilibrio de la oferta y la demanda. Este modelo genera así un desempleo estructural. Stiglitz y Weiss (1982) es otro monumento teórico que explica por qué las instituciones financieras pueden restringir voluntariamente el crédito e inducir lo que se ha denominado racionamiento del crédito; la idea ahí es que no es posible conocer con certeza la disposición a pagar de los clientes (problema de información) y, como resultado, la política óptima de los administradores bancarios es negarle el crédito a algunos clientes, especialmente a los que no pueden presentar colateral o otras garantías; en consecuencia la actividad económica puede ser inferior a la deseable porque algunos clientes que estarían dispuestos a pagar no reciben el servicio. El modelo de Rothschild-Stiglitz también se centra en el sector financiero, el de los seguros, y muestra los problemas del riesgo moral –la despreocupación de los clientes por cuidar lo asegurado una vez que tienen el seguro aumenta los costos por primas pagadas y afecta la rentabilidad de las aseguradoras–, y la selección adversa –el problema de que las aseguradoras atraen a los clientes más riesgosos sin que éstas puedan controlar los riesgos apropiadamente por la asimetría de la información–, en consecuencia se prestan menos servicios de aseguramiento de lo que sería socialmente deseable. El artículo de Greenwald- Stiglitz (1986) lo presenta el mismo Stiglitz en su texto (p. 103, pie de página 3); en él se demuestra que en condiciones de información imperfecta o mercados incompletos el equilibrio general competitivo no es eficiente en el sentido paretiano que se explicó atrás. Finalmente, me gustaría hacer referencia a un modelo pionero, el de Atkinson-Stiglitz (1969), en el cual estos autores modelan el problema de la adaptación de las

⁵ No obstante el ideal liberal, Stiglitz señala que “Adam Smith era mucho más consciente de las limitaciones del mercado, incluidas las amenazas planteadas por las imperfecciones de la competencia, que quienes se reivindicaban actualmente como sus seguidores. Así mismo, Smith era consciente del contexto social y político en el que todas las economías deben funcionar” (p. 274).

tecnologías del norte, las cuales se diseñan para mercados intensivos en capital, a las condiciones del sur subdesarrollado e intensivo en trabajo, para explicar la existencia de brechas de productividad.

Es esta orientación teórica hacia los problemas de la información en la economía, y el conocimiento de que en estas condiciones la creencia en mercados eficientes es absurda, lo que hace que el Stiglitz practicante de política económica se rebelde contra las políticas basadas en dogmas neoliberales que imponen las instituciones financieras internacionales. La rebelión es más necesaria en tanto las políticas impuestas hacen daño, y sin embargo estas instituciones tienen una escasa capacidad de reflexión y reconocimiento, y pocas posibilidades de cambio. Así, pues, el FMI se gana el peor enemigo que pudiera imaginar.

Redescubriendo la Economía Política

Ya habíamos mencionado que la crítica de Stiglitz no es sólo institucional sino también económica y política. Se dirige contra la teoría, la ideología y los intereses corporativos que definen por qué estas instituciones internacionales han actuado (y probablemente seguirán actuando) como lo han hecho. También mencionamos que la crítica de Stiglitz no se queda en la simple denuncia de la gestión de la globalización –que es donde usualmente se quedan las críticas izquierdistas inflamadas de indignación–, también muestra cómo los errores de las instituciones financieras multilaterales son coherentes y funcionales con ciertos intereses establecidos. En ese sentido, la crítica política complementa la crítica económica.

Así, pues, un aspecto notable del análisis de Stiglitz sobre el FMI y el BM es la reivindicación implícita de la economía política. Su trabajo analítico contribuye a descifrar la estructura y el funcionamiento del poder político y económico internacional.

Stiglitz revela cómo el fervor ideológico y los intereses que estas instituciones han empezado a agenciar les ha impedido verse a sí mismas. La cultura de subordinación que es propia de las instituciones autoritarias, aunada a los intereses propios de la burocracia –la cual no busca prestigio académico o reconocimiento por pensamiento autónomo sino su promoción burocrática–, ha contribuido a acallar las dudas y los resquemores de muchos profesionales altamente calificados que trabajan en estas instituciones o aspiran a hacerlo.

Si internamente las relaciones del FMI son autoritarias, externamente lo son aún en mayor medida. La inmensa desigualdad en capacidad de negociación de las instituciones financieras multilaterales con sus países clientes asegura que en últimas las recomendaciones de estas instituciones sean usualmente seguidas al pie de la letra; Stiglitz expone cómo se promociona la idea de que el FMI y el BM sólo les sugieren políticas a los países en necesidad de apoyo financiero internacional, pero éstos saben que si no aceptan estas políticas y las condiciones aledañas, o tan sólo las cuestionan, quedan sin apoyo de todo el sistema financiero internacional,

incluyendo en primer lugar el BM.

Otra forma de reivindicación de la economía política, probablemente más importante, es el reconocimiento de que la economía funciona en un sustrato social y político que no se puede desconocer cuando se formulan políticas económicas (ver el pie de página 3). Por ello la economía no es una ingeniería, sino una ciencia social. Por tanto, las políticas viables no son sólo las técnicamente “correctas” desde el punto de vista del funcionamiento de los mercados, sino también aquellas que no atentan contra el tejido social e institucional. De hecho, Stiglitz plantea que las políticas económicas “correctas” para el funcionamiento de los mercados que generan levantamientos populares y agitación política por la defensa del ingreso real de la población, especialmente de la más pobre, terminan siendo las más perjudiciales (p. 156).

Stiglitz también reivindica a la economía política cuando muestra que las políticas no se realizan en el vacío o desde una pretendida neutralidad del hacedor de políticas. Las políticas económicas afectan intereses económicos y usualmente reflejan intereses económicos. Las políticas económicas son difíciles de tomar porque siempre afectan la distribución del ingreso. Quienes toman decisiones no son autónomos pues la política busca las vías para influir en las decisiones económicas a favor del interés propio, a menos que el político opere en un ambiente autoritario y antidemocrático.

Un ejemplo concreto que tiene mucha relevancia para Colombia es el de la flexibilización laboral; política que hace parte del libro de recetas del FMI y del BM. Stiglitz expone que en la visión neoliberal los desequilibrios laborales se pueden corregir con flexibilidad de precios (salarios) como en otro mercado cualquiera. Pero, como se explicó anteriormente, las teorías laborales basadas en la información asimétrica específica del mercado laboral explican la existencia de desempleo incluso en mercados competitivos. Por tanto, cuando se flexibiliza el mercado laboral “los empleadores y propietarios del capital pueden estar felices y ver cómo aumentan sus beneficios. ¡Ellos sí aplaudirán entusiastas el modelo fundamentalista de mercado del FMI y sus prescripciones políticas!” (p. 116). Pero el país puede perder, pues, argumenta Stiglitz, las ganancias en empleo de algunos sectores debidas a la flexibilización probablemente no compensen el impacto masivo sobre la demanda agregada derivada de los menores salarios de todos los trabajadores.

Finalmente, Stiglitz muestra que el poder en las instituciones financieras internacionales no se define a la manera de una elección democrática entre ciudadanos iguales, pues el poder económico y político se distribuye desigualmente entre las naciones. La desigualdad es constante entre los lados de estos organismos multilaterales. Por ello, dicho sea de paso, el planteamiento de Stiglitz de que el FMI y el BM deben reflejar de mejor manera los intereses y las aspiraciones del tercer mundo, de tal manera que lleve a una “globalización con rostro más humano” y se agencien políticas pro-desarrollistas, e incluso se aborden temas álgidos para los financistas internacionales como la condonación de la deuda de los países más

pobres, todavía refleja más una visión de lo que es justo que una alternativa política consistente con la actual estructura del poder internacional. No obstante, la crítica de Stiglitz a las instituciones financieras internacionales puede empezar a cambiar visiones y políticas que se orienten más decididamente en procura del desarrollo de los países como un resultado de cambios en la correlación de fuerzas; por ejemplo, las naciones menos desarrolladas pueden considerar la posibilidad de actuar cooperadamente en procura de sus intereses, el mismo Stiglitz sugiere la idea de que estas naciones tengan sus propios *think-tanks* –grupos de expertos independientes del sistema financiero internacional y de los países desarrollados, para que sustenten académicamente las políticas que favorezcan el desarrollo de las naciones–. Las ideas pueden generar ondas que se transformen en grandes olas....

Algunas reflexiones de cautela

Hemos presentado aquí la visión de Stiglitz. Pero de todas formas es una versión. Coherente y posiblemente abrumadora, pero parcial. Como dijimos desde el principio, necesitamos una versión del otro lado, que todavía no se presenta, para contrastarla. Probablemente no se presente. Si la interpretación política y económica de los hechos de Stiglitz es correcta –la captura del FMI por intereses corporativos privados, el autoritarismo interno, la visión simplificada de los problemas macroeconómicos de los países subdesarrollados y en transición al capitalismo, la inexistencia de una política económica adecuada para tratar los problemas de los países menos desarrollados–, la mejor opción para el FMI será de nuevo descalificar al adversario y seguir en los negocios. Ese es a mi modo de ver el gran peligro de la respuesta personalizada de Rogoff (2002).

¡El emperador está desnudo!

Para terminar queremos referirnos al tratamiento que hace Hans Christian Andersen del espíritu de la burocracia en su famoso cuento “El traje nuevo del emperador”. Si asimilamos el emperador al FMI, su carencia de ropa a su deficiente teoría, y el niño a Stiglitz, el siguiente cuento tiene sentido:

Un niño acaba de gritar que el emperador está desnudo. El escándalo ha sido mayúsculo. El emperador todavía no sale del bochorno. Sus funcionarios apenas alcanzan a balbucear frases incoherentes e insisten, débilmente, en que su soberano sí está vestido. Habría que cubrir al emperador con nuevas ropas para que pudiera gobernar en el interés de todos su gobernados; pero muchos intereses poderosos de la corte se oponen a que se vista. Así, pues, quizá siga andando desnudo, pero ya no le será tan fácil hacernos creer que luce flamantes trajes.

Bibliografía

- ATKINSON, ANTHONY y JOSEPH E. STIGLITZ. 1969. "A New View of Technological Change", *Economic Journal*, vol. 79 (315), p. 573-578.
- DIXIT, AVINASH y JOSEPH E. STIGLITZ. 1977. "Monopolistic Competition and Optimum Product Diversity", *American Economic Review*, vol. 67 (3), p. 297-308.
- GREENWALD, BRUCE y JOSEPH E. STIGLITZ. 1986. "Externalities in Economics with Imperfect Information and Incomplete Markets", *Quarterly Journal of Economics*, vol. 101 (2), may, p. 229-264.
- ROGOFF, KENNETH. 2002. *An Open Letter to Joseph Stiglitz*, en: www.imf.org/external/np/vc/2002/070202.htm
- Rothschild, Michael y Joseph E. Stiglitz. 1976. "Equilibrium in Competitive Insurance Markets: An Essay on the Economics of Imperfect Competition", *Quarterly Journal of Economics*, vol. 90 (4), p. 630-649.
- SHAPIRO, CARL y JOSEPH E. STIGLITZ. 1984. "Equilibrium Unemployment as a Worker Discipline Device", *American Economic Review*, vol. 74 (3), p. 433-444.
- STIGLITZ, JOSEPH E. 2002. *El Malestar en la Globalización*, Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A. Bogotá, Colombia.
- y ANDREW WEISS. 1982. "Credit Rationing in Markets with Imperfect Information", *American Economic Review*, vol. 71 (3), p. 393-410.